

PROSTITUCIÓN FEMENINA Y DESORDEN SOCIAL EN EL MEDITERRÁNEO ANTIGUO. DE LAS DEVOTAS DE VENUS A LAS MERETRICES¹

ROSA MARÍA CID LÓPEZ

Grupo Deméter. Historia, Mujeres y Género
Universidad de Oviedo

En este artículo, se reflexiona sobre la prostitución femenina como *desorden* en los discursos masculinos de las sociedades antiguas del Mediterráneo. Especial atención se dedica al mito de la prostitución sagrada en Oriente, contemplada como una manifestación de la *barbarie* de ciertas prácticas sexuales de sus mujeres por los autores grecolatinos y contemporáneos; tales concepciones pueden considerarse un ejemplo de los prejuicios occidentales frente a Oriente, en el presente y en el pasado. Esta misoginia de la literatura clásica se evidencia también en las representaciones de las meretrices en la Roma antigua, cuya actividad era juzgada como *infamia* por las autoridades públicas. El rechazo de la prostitución femenina, en último caso, parece radicar en la trasgresión que implica una práctica sexual no ligada a la procreación. Es decir, el cuerpo femenino convertido en un objeto de placer nunca servirá para alumbrar la descendencia del padre, rompiendo la tradicional función materna con la que se identificaba lo femenino.

PALABRAS CLAVE: prostitución femenina, prostitución sagrada, desorden sexual, devotas de Venus, meretrices, profesiones *infamantes*, Mediterráneo antiguo.

Female Prostitution and Social Disorder in the Ancient Mediterranean Region. From the Devotees of Venus to the Meretrices

This paper offers a reflection on the portrayal of female prostitution as a *disorder* in the patriarchal discourses of ancient societies in the Mediterranean region. Special attention is given to the description of the myth of sacred prostitution in the East, in which the *barbaric nature* of certain female sexual practices is highlighted by Greco-Latin and Contemporary authors; the said myth is offered as an example of western prejudices against the East both in the past and in the present. The Classical Literature show this misogyny in their representations

¹ Este artículo se inscribe en la investigación del Proyecto de I + D (REF. HAR 2009-10035), titulado “Claves diacrónicas para la divergencia social entre las construcciones simbólicas y las históricas sobre la maternidad”.

of Ancient Roman meretrices, whose activity was considered as *infamia* by public authorities. All things considered, the rejection of female prostitution seems to be related to the implicit transgression in a sexual practice which is not related to procreation. In other words, the female body transformed into an object of pleasure will never be capable of bearing the descendants of the father, thus breaking with the traditional maternal function with which the feminine used to be identified in Antiquity.

KEY WORDS: female prostitution, sacred prostitution, social disorder, devotees of Venus, meretrices, infamous professions, Ancient Mediterranean region.

Al margen de los enconados debates que suscita el ejercicio de la prostitución en la actualidad, ha de reconocerse que aún nos sigue resultando perturbador contemplar la venta del propio cuerpo para el placer de otro como forma de subsistencia. Ciertamente, a lo largo de la historia, esta actividad se convirtió en un oficio para numerosas mujeres, cuyas vidas fueron estigmatizadas al considerar que ejercían profesiones que incurrían en la *infamia*. Semejante práctica desconocía la *dignitas*, precisamente la característica de las labores ejercidas por los individuos que disfrutaban del prestigio social en la Roma Antigua.² Tal situación es una muestra inequívoca de la desigualdad social y de géneros, ya que la única acusada de inmoralidad es la meretriz, no el cliente, al ejercer un oficio que consistía en servir complacientemente al varón.

Sin embargo, la sociedad antigua ofrece otras imágenes de la prostitución, al menos en sus más tempranos orígenes. En concreto, han destacado las ofrendas hechas por mujeres, esclavas o de cualquier condición social, a diosas del Mediterráneo antiguo, desde Ishtar a Venus; el voto, exigido por la comunidad, consistía en mantener contactos sexuales con varones que nunca se convertirían en sus maridos, sin que ello conllevara perder la honorabilidad o el acceso al matrimonio, en el caso de las libres. Tales prácticas, que surgieron supuestamente en la antigua Mesopotamia, se conocen como prostitución sagrada, y su historicidad ha suscitado una encendida discusión entre historiadores e historiadoras, ya que en algunos trabajos se niega su existencia.³

Indudablemente, para comprender los orígenes de la prostitución en la antigüedad, resulta fundamental valorar el alcance de algunas prácticas rituales ligadas a la misma, lo que no es fácil. Pero también es interesante conocer los prejuicios presentes en las obras de los autores y las autoras que juzgan las prácticas orientales. Estos sin disimular su defensa de la cultura clásica, cuna de Occidente, en bastantes ocasiones con inequívoco regodeo exhiben a las devotas

² Sobre la oposición entre *infamia* y *dignitas* como atributos que definen profesiones y consideración social, Catharine Edwards (1997: 69-76) aporta interesantes reflexiones a partir de la prostitución.

³ Una visión de este debate puede verse en Adolfo Domínguez Monedero (2010: 78-80) o Allison Glazebrook (2011: 54, n. 2). El tema se ha tratado incluso desde la perspectiva psicológica, como se percibe en Nancy Qualls-Corbett (1988).

de las diosas, identificadas con prostitutas, como muestra de los elementos depravados de las culturas del antiguo Oriente. De ahí que algunos especialistas del presente consideren la prostitución sagrada como un mito, insistiendo en el afán de crear una leyenda que desprestigia a las sociedades orientales a través de comportamientos femeninos, difíciles de testimoniar.

La imposición de la sociedad *civilizada*, de la que Roma es uno de los ejemplos significativos del Mediterráneo antiguo, no servirá para erradicar el comercio sexual ejercido por mujeres. Pero, a la vez que se despoja la prostitución de cualquier componente religioso, se sitúa a las personas que ofrecían su cuerpo para el placer en los espacios más despreciables de la sociedad, no solo porque eran esclavas o de baja extracción social, sino y especialmente porque hacían gala de conductas deshonestas. De este modo, *meretrix* se convierte en el epíteto que ocasionalmente se adjudicó a personajes de origen aristocrático, siempre para descalificarlas del modo más humillante; así sucedió con algunas matronas de la república como Clodia, o princesas como Mesalina.⁴ Ninguna de las dos, al margen de su supuesta o real promiscuidad, se parecía a las devotas de los templos o a las trabajadoras de los burdeles que generaron esa inquietante imagen de la prostituta, cambiante en el tiempo, desde la cultura mesopotámica a la romana. En cualquier caso, merece la pena insistir en el caso de las llamadas prostitutas sagradas, cuya actividad no se concibió como *infame* o vergonzosa, lo que sí ocurrió con las trabajadoras de los burdeles romanos.

La prostitución sagrada y los mitos sobre las prácticas sexuales femeninas

En su relato sobre las guerras contra el persa, la conocida *Historia*, el griego Heródoto cuenta con cierto detalle las exóticas costumbres sociales de los babilonios, cuando refiere:

Por contra, la costumbre sin duda más ignominiosa que tienen los babilonios es la siguiente: toda mujer del país debe, una vez en su vida, ir a sentarse a un santuario de Afrodita y yacer con un extranjero. Muchas de ellas, que consideran impropio de su rango mezclarse con las demás en razón del orgullo que les inspira su poderío económico, se dirigen al santuario, seguidas de una numerosa servidumbre que las acompaña, en carruaje cubierto y aguardan en sus inmediateces. Sin embargo, las más hacen lo siguiente: muchas mujeres toman asiento en el recinto sagrado de Afrodita con una corona de cordel en la cabeza; mientras unas llegan, otras se van. Y entre las mujeres quedan unos pasillos,

⁴ Cicerón (*Cael.*, 18, 31-33, 35 y 39) llamó *meretrix* a Clodia, (Cid, 2005: 178, n. 56), mientras que Mesalina es calificada de adúltera y promiscua, al igual que la hija y nieta de Augusto, las famosas Julias (Cenerini, 2009: 24-31 y 54-66).

delimitados por cuerdas, que van en todas direcciones; por ellos, circulan los extranjeros y hacen su elección. Cuándo una mujer ha tomado asiento en el templo, no regresa a su casa hasta que algún extranjero le echa dinero en el regazo y yace con ella en el interior del santuario. Y, al arrojar el dinero, debe decir tan solo: “Te reclamo en nombre de la diosa Milita” (ya que los asirios, a Afrodita la llaman Milita). La cantidad de dinero puede ser la que se quiera; a buen seguro que no la rechazará, pues no les está permitido, ya que ese dinero adquiere un carácter sagrado: sigue al primero que se lo echa sin despreciar a nadie. Ahora bien, tras la relación sexual, una vez cumplido el deber para con la diosa, regresa a su casa, y en lo sucesivo, por mucho que le des no podrás conseguir sus favores. (Hdt., *Historia*, I, 199)

Previamente, el historiador de Halicarnaso había comentado costumbres similares entre los lidios, cuyas mujeres se prostituían “para reunir una dote —lo hacen hasta que forman un hogar— y llegar al matrimonio con sus propios medios” (*Historia*, I, 93, 4).⁵ Tiempo después, de igual modo, Estrabón menciona casos de prostitución, que suele vincular a centros religiosos en la ciudad griega de Corinto, Comana en el Ponto o entre las poblaciones armenias, sin olvidar *Eryx* en Sicilia.⁶ En concreto, Corinto es llamada “la ciudad de Afrodita”, tal como refleja la poesía de Píndaro (*frag.* 122).⁷ En el Mediterráneo Oriental, se alude también al caso de Chipre o a las devotas de Isis, que se identificarían igualmente con prostitutas, y ni siquiera Israel parecía escapar a esta llamativa costumbre sexual.⁸ En el extremo de Occidente, encontramos el ejemplo de *Gadir*, donde las famosas “bailarinas” honraban a la diosa de origen fenicio púnico, Astarté, ejerciendo la prostitución (Jiménez, 2001). Esta serie de testimonios recogidos en la literatura grecolatina y oriental suelen cotejarse con ciertas imágenes iconográficas, o con la probable identificación de prostíbulos en ciertas salas adyacentes a los templos de diosas como Ishtar o Inanna en Oriente

⁵ Sobre los lidios, Heródoto (*Historia*, I, 94, 1) añade: “tienen costumbres similares a los griegos, con la excepción de que prostituyen a sus hijas”.

⁶ En Corinto menciona la ofrenda de mil esclavas sagradas al templo de Afrodita (*Geografía*, VIII, 6, 20). Estrabón alude a esclavas sagradas que ejercían la prostitución en *Eryx* y Comana, al parecer aquí “las prostitutas eran *hierai* de Afrodita”, es decir esclavas sagradas (*Geografía*, VI. 2. 6 y XII, 3. 36). Entre los armenios, las vírgenes eran consagradas como prostitutas por sus padres en honor de la diosa *Anaitis*, junto a esclavos y esclavas (*Geografía*, XI, 14, 16).

⁷ Con estos calificativos, Corinto se igualaba a los centros orientales, atractivos para los extranjeros por sus prácticas promiscuas (Beard y Henderson, 1997: 480-484; Bird, 2005: 86).

⁸ Aunque se ha negado que ciertos rituales isíacos implicaban prácticas de prostitución (Kelly Heyob, 1975: 58-59 y 67). Para el caso de Israel, Karel Van der Toorn defiende abiertamente su existencia (1989: 193-205) y para Chipre, véase Adolfo Domínguez Monedero (2010: 82-83).

o la Afrodita-Venus de las sociedades griega y romana, donde tenían lugar los encuentros sexuales.⁹

A partir de esta serie de informaciones, llaman la atención las variadas modalidades que presenta la prostitución sagrada, diferentes según las ciudades o los pueblos. Según S. Budin (2005: 78-79), entre los babilonios se observa la entrega de vírgenes para que se prostituyan una vez y antes de casarse. Esta práctica podía ser temporal hasta lograr una dote, también previa al matrimonio, como señala Estrabón para los armenios (*Geografía*, XI, 14, 16). Pero, en realidad, la que debió alcanzar mayor popularidad fue la ejercida por hombres y mujeres, poblaciones esclavas en su mayoría, profesionales de la prostitución y vinculados a un santuario o divinidad, como sucedió en Corinto o *Locros Epicefiria*, *Eryx* y Comana.¹⁰

La estrecha relación con los templos, sobre todo los dedicados a diosas del amor y cierta promiscuidad, ha hecho pensar que los encuentros sexuales entre las devotas y sus clientes podían vincularse con cultos de la fertilidad, necesarios para el bienestar y la protección de la comunidad.¹¹ Igualmente, se ha valorado que fuesen ritos de paso, exigidos a las mujeres antes de convertirse en esposas y seres adultos (Beard y Henderson, 1997: 485); incluso en prácticas relacionadas con la hospitalidad (Dufour, 1999: 12) o con el matrimonio sagrado conocido como hierogamia (Lerner, 1986: 239). De lo que no cabe duda es del importante beneficio económico que tales actividades proporcionaban a los santuarios, de modo que la prostitución sagrada se convirtió en un negocio lucrativo, pero no para sus protagonistas, obligadas a entregar las rentas obtenidas, en su totalidad o en una parte importante, a la diosa.

Así concebida a partir de las informaciones legadas por la literatura antigua, muchos han sido los autores que han aceptado la existencia de la prostitución sagrada como una forma de ritual o de práctica social ciertamente peculiar. Desde Pierre Dufour, autor del primer estudio sobre la prostitución desde sus orígenes hasta la actualidad, el tema no ha dejado de atraer a investigadores, que aceptan de manera acrítica las afirmaciones de autores grecolatinos, o que no reflexionan sobre las implicaciones que tales comportamientos femeninos podían tener en la sociedad.¹² La parcialidad de Heródoto o Estrabón, entre otros, en sus

⁹ Morris Silver (2006: 657) comenta con detalle la situación de los templos orientales. Más polémica es la interpretación de una placa de marfil en la que parece estar representada una prostituta en una ventana (Beard y Henderson, 1997: 490-491).

¹⁰ Para el caso de *Locros Epicefiria*, véase Adolfo Domínguez Monedero (2010) y para los restantes ejemplos, Estrabón, *Geografía*, VI, 2, 6; VIII, 6, 20 y XII, 3, 36.

¹¹ Una tesis que tiene muchos seguidores (Domínguez Monedero, 2010: 97).

¹² Pierre Dufour, al parecer pseudónimo de Paul Lacroix, intelectual decimonónico, representa esa corriente de intelectuales fascinados por la cultura oriental, de la que atrae el exotismo, pero reprueban su exuberancia. Esta imagen se recrea en las conocidas pinturas de Edwin Long en las que se exhibe a las esclavas, de seductora belleza, expuestas a las escrutadoras y libidinosas

relatos sobre Oriente parece obviarse, al igual que los intereses de ambos por construir el relato de la vida civilizada en Grecia o en Roma frente a las sociedades bárbaras de Oriente; los comportamientos femeninos *contra natura* solían ser uno de los casos más utilizados para elaborar esa imagen de pueblos no civilizados. Se olvida igualmente que el modelo social patriarcal imbuyó todas las sociedades de la antigüedad, lo que implicaba la defensa a ultranza de los derechos paternos sobre la descendencia; la práctica de la prostitución atentaba precisamente contra los privilegios masculinos sobre su prole. Tales valoraciones quizá debieran tenerse en cuenta a la hora de cuestionar la existencia de la prostitución sagrada contemplada como desorden, sexual y social, entre los historiadores griegos y latinos, a pesar de que también en Corinto o en la Sicilia romana tuvieron que contemplar este fenómeno.

Curiosamente, los detractores de esta práctica sexual tienden a utilizar otros argumentos, partiendo del hecho de que era “la más alejada de las formas puras de lo sagrado”.¹³ Ante todo, pretenden demostrar la subjetividad de los relatos de Estrabón o Heródoto, considerando su actitud antiorientalista ante su excesivo celo en defender la cultura griega o romana. Se trataría de oponer abiertamente las sociedades griega y oriental, sin tener en cuenta la diversidad de las poblaciones orientales, lo que conlleva toda una construcción ideológica (Domínguez Monedero, 2010: 79). Como pruebas que desmontarían el mito de la prostitución sagrada, no obstante, se aportan informaciones de interés, muy ilustrativas de los problemas que plantea la traducción de ciertos términos; en realidad, una labor que en ocasiones se lleva a cabo sin el rigor necesario y cayendo en actitudes que se pueden tildar de misóginas en los autores contemporáneos. En este sentido, son esclarecedores algunos trabajos en los que se intenta convencer del carácter erróneo de la identificación de este fenómeno con algunas palabras de las antiguas lenguas orientales, traducidas como *prostitutas sagradas*, pero sin ningún fundamento. Entre los babilonios, la mencionada prostituta sagrada era llamada *nu.gig* en lengua sumeria o *qadistu* en acadio para algunos autores, aunque otros traducen estas palabras como *hechiceras*, entre otros significados. De igual modo, con los términos de *kar.kid* o *harimtu*, según Julia Assante, los mesopotámicos se referían a mujeres que vivían solas o convivían con un hombre sin haber contraído matrimonio, y solo se conocen dos ejemplos de prostitutas con esta denominación.¹⁴ En el vocabulario

miradas masculinas en mercados orientales, como refleja el cuadro *The Babylon Marriage-Market* de 1875 (Beard y Henderson, 1997: 487).

¹³ Beard y Henderson (1997: 482). Entre los autores que rechazan la existencia de la prostitución sagrada destacan Daniel Arnaud (1973: 115), quien reconoce que se practica en los santuarios, pero que éstos no percibían los ingresos; Beard y Henderson (1997), Gonzalo Rubio (1999) y Stephane Budin (2005: 76 y 2008), entre otros.

¹⁴ Julia Assante (1998) realizó un elaborado y extenso trabajo sobre el particular, intentando desmontar la inconsistencia de la prostitución sagrada a partir de términos mal traducidos. Este

griego, *pallaké*, puede definir a una concubina, cuya actividad no estaba necesariamente relacionada con lo religioso, como se ha querido ver en sendas inscripciones halladas en Tralles (Caria).¹⁵ Esta misma discusión la mantienen especialistas en lengua hebrea, a la hora de defender o rechazar este tipo de contactos sexuales con connotaciones sagradas en los tiempos de Moisés (Bird, 2005). A partir de las erróneas, quizás intencionadas, traducciones de palabras de las lenguas orientales de la antigüedad, habría surgido el mito de la prostitución sagrada, como “una amalgama de confusiones, presunciones e interpretaciones” (Westenholz, 1989: 204).

Con carácter religioso o no, lo cierto es que la prostitución se practicaba ya en Mesopotamia, dónde se han situado sus orígenes (Lerner, 1986). Quizá pudiera surgir como una forma de honrar a divinidades cuyo culto se relacionaba con la fertilidad, lo que no resultaría extraño en sociedades en las que la presencia de la diosa-madre tuvo enorme popularidad. Pero, a medida que avanzamos en el tiempo, acabó imponiéndose un modelo social que controlaba escrupulosamente las relaciones sexuales de las mujeres, concebidas como cuerpos gestantes, que debían alumbrar los hijos e hijas de su esposo. Bajo tales consideraciones, resulta difícil aceptar la vertiente religiosa de la prostitución de las vírgenes y como rito previo al matrimonio. Lo más probable es que por encima de las ofrendas a la diosa, estuvieran los derechos de los padres, ya que de lo contrario se estaba tolerando una transgresión sexual, íntimamente ligada a desórdenes sociales. Desde tales presupuestos, lo más probable es que las esclavas asumieran, de manera real o simbólica, la tarea de satisfacer las contribuciones a la diosa; ello explicaría las diferentes alusiones a la *hierodulia*, o esclavitud sagrada, estrechamente relacionada con la prostitución, asimismo sagrada, en las distintas ciudades que menciona Estrabón, y que parecen reflejar una situación más real y cercana en el tiempo que los hechos narrados por Heródoto. Con tales planteamientos, a través del oficio realizado por las esclavas, la actividad sexual femenina acaba siendo controlada, evitando las situaciones de *desorden*, desde el momento en que no estaba destinada a la procreación, como se exigía a las mujeres libres y ciudadanas, sobre todo en Grecia y más aún en Roma.

El oficio de *meretrix* y la *infamia*. El Estado romano y el control de la prostitución femenina

Como muestra del debilitamiento, si no inexistencia según algunas tesis de la historiografía actual, de la prostitución sagrada en el Mediterráneo, en la

trabajo fue criticado severamente por Morris Silver (2006: 631-663). En la línea interpretativa de Julia Assante, véanse Daniel Arnaud (1973: 112-114) y Stephane Budin (2005: 80-83).

¹⁵ En la lectura de estas inscripciones se ha llegado incluso a ver una saga de prostitutas sagradas, de modo que las hijas heredaban la profesión de sus antecesoras (Budin, 2003 y 2005: 86-87).

sociedad romana tan solo se menciona el caso de *Eryx*, actual Erice en la isla de Sicilia, dónde se honraba a Venus llamada *Ericina*.¹⁶ El teónimo se suele considerar la versión romana de la *Astarté* fenicia. El lugar era un notable centro comercial al que acudían numerosos extranjeros que, en gran número, visitaban el santuario de la diosa para encontrarse con las esclavas sagradas, dispuestas a satisfacer los apetitos sexuales de sus clientes. El culto de esta divinidad se vinculó a la leyenda de Eneas quien, procedente de Cartago, había desembarcado en este enclave, antes de llegar a las ciudades latinas. La ocupación romana no implicó la prohibición de esta práctica, que quizás incomodase a los romanos bien pensantes, quienes, al parecer, también estaban dispuestos a satisfacer las peticiones de Venus, acudiendo a su templo para mantener contactos con sus fieles y cumplidoras esclavas. Según Diodoro de Sicilia (*Biblioteca histórica*, iv, 83, 6), “cónsules y pretores dejan a un lado la austeridad de su cargo y pasan a los juegos y compañía de mujeres con mucha alegría, pues piensan que solo de esa manera conseguirán que su presencia resulte agradable a la diosa”. Como muestra del reconocimiento a esta divinidad, se le dedicó un templo en la propia Roma, cerca de la puerta Colina, aunque a las afueras de la ciudad (*Ov. Fast.*, 4, 870-872).¹⁷ Cuestiones religiosas a un lado, al parecer la protección al culto de la Venus *Ericina* estaba estrechamente relacionada con las generosas contribuciones de los visitantes del templo, que iban a parar a las arcas del Estado romano.

Precisamente, la prostitución como negocio es un asunto fundamental para entender la actitud de las autoridades romanas en su afán por controlar este oficio, como se percibe en el caso de las ofrendas a la diosa siciliana y aún más en los burdeles surgidos en el Imperio. En este sentido, la propia expresión de *meretrix* es elocuente, ya que etimológicamente significa “la que merece, la que recibe una renta”, al igual que el vocablo griego de *pornai* se identificaba con “la que vende” (Glazebrook, 2011: 35). Por consiguiente, el concepto de prostitución se liga más al beneficio económico, de modo que se menosprecia a la meretriz no tanto por mantener contactos sexuales, sino por el hecho de comerciar con ellos y obtener ingresos (Fleming, 1999: 40 y 54).

El control de la riqueza que podía generar la prostitución hizo surgir una reglamentación, que imponía tasas a los burdeles, recaudadas primero por *publicani* y luego por los pretorianos. Bajo Calígula, por primera vez, se promulga la obligatoriedad del impuesto, que no se suprimió hasta el año 398 d.

¹⁶ El epíteto de *Ericina*, la presencia de esclavas sagradas y la práctica de la prostitución es destacada por Estrabón, *Geografía*, VI, 2, 6; Ovidio, *Fast.*, 4, 863-872 y Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, IV, 4, 83.

¹⁷ Al parecer este templo data del año 181 a. C. El conocido Trono *Ludovisi*, magnífico mármol, en el que se piensa está representado el nacimiento de Afrodita *Urania*, ha sido datado en el siglo IV a. C. y asociado al culto de Venus *Ericina* (McLachlan, 1995: 157-158). Véase también para el caso de Erice, entre otros, Cristiano Panzetti (2006).

C. La recogida de una parte de los ingresos por el ejercicio de la prostitución implicaba la elaboración de un censo. Esta labor se encomendaba a los *aediles*, lo que conllevaba realizar un detallado registro de las casas de prostitución. En cualquier caso, no todas las mujeres ejercían su oficio en los *lupanares*, y la taberna o las calles eran igualmente apropiadas para captar clientes.¹⁸

Aunque jurídicamente la expresión de *meretriz* es la más apropiada para referirse a la prostituta romana, se cuenta con una larga lista de vocablos que definen esta actividad y oficio, como los de *meretrix*, *lena*, *fornicaria*, *lupa*, *scortum*, *concuba*, *concupina*... con significados siempre denigrantes, pudiendo incluirse desde las cortesanas de lujo a las esclavas, que eran las más frecuentes.¹⁹ Curiosamente, mujeres de elevada condición social, vinculadas a los *ordines* senatorial y ecuestre, declararon su condición de prostitutas, lo que implicó la pérdida de privilegios y de respetabilidad,²⁰ según nos transmite Suetonio (*Tib.*, 35, 2). Al parecer, si algunas matronas recurrieron a este mecanismo, lo hicieron para burlar los efectos de una ley que castigaba con mayor severidad el adulterio que la práctica de la prostitución; en este sentido, no conviene olvidar que el marido complaciente con el adulterio de su esposa podía ser acusado de *lenocinium* (McGinn, 1998: 171-1729). En uno y otro caso, se incurría en la *infamia*, de la que no podían escapar los alcahuetes y el personal masculino o femenino que controlaba los burdeles, los *lenones* y *lenae* (Fleming, 1997: 43).

En la sociedad romana, por tanto, la *infamia* es el rasgo que caracteriza este oficio, igualando a los implicados en la prostitución con los dedicados a otras profesiones, igualmente vergonzosas, como las ejercidas por los actores, actrices o gladiadores. La consideración de *infamia*, en cualquier caso, no era simplemente una descalificación con implicaciones morales, tenía otros efectos en la vida cotidiana de las meretrices. Por ejemplo, no se les permitía llevar el atuendo femenino, propio de las mujeres respetables, sino que debían vestirse con telas transparentes y usar la toga como los varones; les estaba prohibido acudir a los templos y lo hacían solo en fiestas exclusivas para ellas, y se les podía

¹⁸ De este modo también se ejercía un control más eficaz de la prostitución (Fleming, 1999: 42-43 y 50; McGinn, 1998: 342-343 y 2011: 652). Ha de señalarse que, en la actualidad, no resulta fácil diferenciar los burdeles en las ciudades excavadas, ni siquiera en Pompeya, como comenta Mary Beard (2009: 327-338); la autora sí cita un ejemplo bien identificado, en el que destaca la estrechez de las dependencias, lo que debía ir unido a condiciones de insalubridad. A estos lugares se piensa que acudirían clientes de baja extracción social (McGinn, 1998: 347 y 2011: 648-650).

¹⁹ Incluso algunos padres prostituían a sus hijas o maridos a sus esposas, lo que evidencia hasta qué punto el cuerpo femenino se convertía en una mercancía (Fleming, 1999: 40).

²⁰ De lo que informa Suetonio (*Tib.*, 35, 2). Tácito (*Ann.*, II, 85, 1-3) se refiere al caso concreto de Vistilia, descendiente de una familia ecuestre, quien confesó ejercer la prostitución y fue castigada al exilio. Su marido también fue llamado a declarar, por no haber denunciado el adulterio de su esposa.

aplicar impunemente un castigo corporal. En este sentido, cuando el Estado regula la prostitución no trata de legitimarla o de evitar su criminalización; la prostitución puede ser lícita, pero quienes la ejercen viven en la desprotección y, en la práctica, se está imponiendo “la tasa de la vulnerabilidad” (McGinn, 1998: 342-343). Indudablemente, se trataba de marginar y diferenciar a las prostitutas del resto de la población, especialmente la femenina, ya que no son *respectables*.²¹

Como muestra del afán de las autoridades públicas romanas por preservar las costumbres de la población femenina, es curioso que, en la venta de esclavas, se incluyera una cláusula (*ne serva prostituatur*), que prohibía al nuevo dueño dedicarla a la prostitución.²² Si tal situación se producía, la esclava podía exigir la libertad o volver con su antiguo señor, lo que evidencia el interés por preservar la moralidad y buenas costumbres entre las mujeres, libres o esclavas (Fleming, 1999: 53). Un hecho llamativo, si pensamos que eran precisamente las esclavas las que proporcionaban el mayor número de prostitutas en la sociedad romana. Parece entonces, si atendemos tanto a los discursos literarios como a las normas legales, que las prostitutas cometían *infamia*, ya que no se podían sustraer a la imagen de promiscuas, voluptuosas libertinas y lujuriosas, tan del gusto de Cicerón para referirse a Clodia o de Tácito, entre otros, para calificar a la hija y a la nieta de Augusto, o a Mesalina.

De nuevo, pero de una forma más evidente y como muestra la norma jurídica, la *infamia* cometida por la mujer radica en poner su cuerpo a la venta y no dedicarlo exclusivamente a la procreación. Sin olvidar a las matronas de elevada posición social, que libremente ejercían su sexualidad, pudiendo alumbrar una descendencia no legítima a los ojos del esposo. El control del “desorden” social que generaba la prostitución explica el afán por buscar leyes que protegieran los intereses de los varones romanos, sin despreciar, al igual que en Oriente, el negocio que esta actividad propiciaba. Sin duda, la imagen de la matrona respetable frente a la vergonzosa prostituta, en el fondo, solo pretende defender los privilegios de la paternidad, que obligaban a un control estrecho de las relaciones sexuales de la esposa.

²¹ Si la prostituta era la mujer accesible, esta situación favorecía que la esposa no lo fuera, de ahí que, en el fondo, la prostitución acabase favoreciendo el matrimonio (McGinn, 1998: 344). Sobre la formas de distinguir a las prostitutas, véanse Catharine Edwards (1997: 71), Rebeca Fleming (1999: 43), Mary Beard (2009: 331) y Thomas A. J. McGinn (2011: 644-645).

²² Sobre las razones de esta prohibición, se ha pensado que el afecto entre el amo y su esclava podían ser las causas de tal disposición (Licandro, 2004-05), aunque también se enfatiza la preocupación de velar por su honorabilidad, labor que debía asumir su dueño (McGinn, 1990: 341 y 352-353), o el afán de la autoridad pública por controlar comportamientos que se salen de los ámbitos domésticos (Galvano, 1990).

Devotas de Venus y meretrices en la antigüedad. Algunas reflexiones finales

Aunque en los trabajos sobre la prostitución en la antigüedad se tiende a diferenciar las prostitutas sagradas, o devotas de Venus, por un lado, y las meretrices, incluso las *pornai*, por otro, ambos grupos mantienen, sin duda, notables elementos en común. Posiblemente, porque esta práctica pudo evolucionar desde un origen ritual, del que fue despojándose de manera progresiva hasta llegar a definirse la figura casi intemporal de la prostituta, tal y como se ha conocido a lo largo del tiempo, víctima casi siempre del rechazo social.

A pesar de las discusiones sobre la existencia o no de la prostitución sagrada, no resulta fácil pensar en devotas sirviendo a una diosa, con atuendos y actitudes provocativas, dispuestas a ofrecer su cuerpo a los visitantes del templo. Esta imagen solo es comprensible, en la cultura occidental, si se piensa que tales comportamientos eran propios de las orientales, de una sociedad donde la exhibición de costumbres depravadas se convertía, al parecer, en un signo de identidad. El desorden sería la unión de prácticas sexuales y religiosidad, aunque no estuvieran al margen de las normas sociales que toleraba, incluso alentaba, esa sociedad lejana y exótica. Se olvida que tales actitudes se atribuyen igualmente a poblaciones griegas de Corinto y *Locros Epicefiria*, o la siciliana Erice. En el caso de tratarse de tareas adjudicadas solo a esclavas, y no a mujeres libres, no se elimina la imagen de sociedad desordenada, desde el momento en que se otorga a la sexualidad un destino diferente a la procreación, que las privadas de libertad también debían asumir.

En la antigüedad, la actitud hacia la prostitución no cambió en modo alguno, solo se reforzó la oposición entre mujeres respetables frente a las no respetables a través de normas jurídicas explícitas, como sucedió en la sociedad romana, sobre todo en la etapa imperial. Desligándose definitivamente de la relación con la religión, las prostitutas en Roma eran aquellas que ejercían una profesión poco honorable, que corrían el peligro de ser acusadas de *infamia*. Con bastante cinismo, la autoridad pública no dudó en tolerar una práctica, reprochable moralmente y casi delictiva en determinados casos, si con ello se obtenían beneficios económicos. Tal era el grado de irrespetabilidad que impregnaba esta profesión, que procuraban alejarla de la misma a las esclavas, aunque debió ser en vano. En su condición de madre o prostituta, las mujeres en la sociedad romana han sido vistas como cuerpos al servicio de los varones, objetos de placer o vientres que albergaban la descendencia del esposo. La corporeidad de lo femenino, en última instancia, preside cualquier reflexión que queramos hacer sobre las mujeres de las sociedades de la antigüedad, incluidas y de especial modo, las prostitutas, sagradas o simples *meretrices*, sin olvidar a las *pornai*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arnaud, Daniel (1973), “La prostitution sacré en Mésopotamie. Un mythe historiographique”, *Bulletin de la Société Ernest Renan*, 183, 1: 103-116.
- Assante, Julia (1998), “The kar.kid / harimtu, Prostitute or Single Woman Reconsideration of the Evidence”, *Ugarit-Forschungen*, 30: 5-96.
- Beard, Mary y John Henderson (1997), “With This Body I thee worship: sacred prostitution in Antiquity”, *Gender & History*, 9, 3: 480-503.
- Beard, Mary (2009), *Pompeya*, Barcelona, Crítica.
- Bird A. Phyllis (2005), “Prostitution in the Social World and the Religious Rhetoric for Ancient Israel”, *Prostitutes and Courtesans in the Ancient World*, Christopher A. Faraone y Laura K. McClure (eds.), Wisconsin, The University of Wisconsin Press: 44-58.
- Budin, Stephane (2003), “*Pallakai*, Prostitutes and Prophetesses”, *Classical Philology*, 98, 2: 148-159.
- (2005), “Sacred Prostitution in the First Person”, *Prostitutes and Courtesans in the Ancient World*, Christopher A. Faraone y Laura K. McClure (eds.), Wisconsin, The University of Wisconsin Press: 77-94.
- (2008), *The Myth of Sacred Prostitution in Antiquity*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Cenerini, Francesca (2009), *Dive e donne. Mogli, madri, figlie e sorelle degli Imperatori romani da Augusto a Commodo*, Imola, Angelini Editore.
- Cicerón, *Discours. Tome XV. Pour Caelius. Sur les Provinces Consulaires. Pour Balbus*, trad. Jean Cousin, París, Ed. Les Belles Lettres, 1962.
- Cid López, Rosa María (2005), “Clodia imaginada por Cicerón. La construcción de la biografía de una libertina”, *Venus sin espejo. Imágenes de mujeres en la antigüedad clásica y el cristianismo primitivo*, Amparo Pedregal Rodríguez y Marta González González (eds.), Oviedo, KRK: 161-184.
- Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica (libros IV-VIII)*, traducción y notas J.J.Torres Esbarranch, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos nº328, 2004.
- Domínguez Monedero, Adolfo (2010), “La prostitución sagrada en el Mediterráneo antiguo: entre la marginalidad y la integración”, *Mujeres en la antigüedad clásica: género, poder y conflicto*, Almudena Domínguez Arranz (ed.), Madrid, Sílex: 77-103.
- Dufour, Pierre (1999), *La prostitución sagrada en la antigüedad*, San Sebastián, Roger.
- Edwards, Catharine (1997), “Unspeakable Professions: Public Performances and Prostitution in Ancient Rome”, *Roman Sexualities*, Judith P. Hallett y Marilyn B. Skinner (eds.), New Jersey, Princeton University Press: 66-99.
- Estrabón, *Geografía (libros V-VII)*, traducción y notas de J. Vela Tejada y J. Gracia Artal, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos nº 288, 2001.

- Estrabón, *Geografía (libros XI-XIV)*, introducción, notas y traducción por M.P. de Hoz García-Bellido, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos nº306, 2003.
- Fleming, Rebeca (1999), “*Quae corpore facit: the Sexual Economy of Female Prostitution in the Roman Empire*”, *The Journal of Roman Studies*, 89: 38-61.
- Galgano, Francesca (1994), “Vendita della schiava e prostituzione coatta”, *Quaderni Camerti di Studi Romanistici. International Survey of Roman Law*, 24: 333-340.
- Glazebrook, Allison (2011), “*Porneion. Prostitution in Athenian Civic Space*”, *Greek Prostitutes in the Ancient Mediterranean. 800 BCE – 200 CE*, Allison Grazebrook y Madeleine M. Henry (eds.), Wisconsin, The University of Wisconsin Press: 34-59.
- Heródoto, *Historia (libros V-VI)*, trad. y notas, C. Schrader García, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos nº3, 2005.
- Jiménez Flores, Ana María (2001), “Cultos fenicio-púnicos de *Gadir*: prostitución sagrada y *puellae gaditanas*”, *Habis*, 32: 11-29.
- Kelly Heyob, Sharon (1975), *The Cult of Isis among Women in the Graeco-Roman World*, Leiden, E. J. Brill.
- Lerner, Gerda (1986), “The Origin of Prostitution in Ancient Mesopotamia”, *Journal of Women*, 11, 21: 236-254.
- Licandro, Orazio (2004-05), “La schiava di Moregine tra prostituzione e affecto Domini”, *Minima Epigraphica et Papyrologica*, vii-viii, 9-10: 293-302.
- McLachlan, Bonnie (1995), “Sacred Prostitution and Aphrodite”, *Studies in Religion / Sciences Religieuses*, 21/2: 145-162.
- McGinn, Thomas A.J. (1990), “*Ne serva prostituatur*. Restrictive Covenants in the Sale of Slaves”, *Zeitschrift Der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte*, 107: 315-353.
- (1998), *Prostitution, Sexuality and Law in Ancient Rome*, New York, Oxford University Press.
- (2011), “Roman Prostitutes and Marginalization”, *Social Relations in the Roman World*, Michael Peachin (ed.), New York, Oxford University Press: 643-658.
- Ovidio Nasón, Publio, *Fastos*, traducción y notas de B. Segura Ramos, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos nº121, 1988.
- Panzetti, Cristiano (2006), *La prostituzione sacra nell'Italia antica*, Imola, A&G Photo Edizioni.
- Píndaro, *Odas y Fragmentos (Olímpicas, Píticas, Nemeas, Ístmicas)*, introducciones, traducción y notas de A. Ortega, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos nº 68, 1984.
- Qualls-Corbett, Nancy (1988), *The Sacred Prostitute Eternal Aspect of the Feminine*, Toronto, Inner City Books.

- Rubio, Gonzalo (1999), “¿Vírgenes o meretrices? La prostitución sagrada en el Oriente antiguo”, *Gerión*, 17: 129-143.
- Silver, Morris (2006), “Temple / Sacred Prostitution in Ancient Mesopotamia Revisited. Religion in the Economy”, *Ugarit-Forschungen*, 38: 631-663.
- Suetonio, *Vida de los doce césares (libros I-III)*, traducción y notas de R. M. ^a Agudo Cubas. Introducción de general y rev. de A. Ramírez de Verger, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos nº167, 2002.
- Tácito, Cayo Cornelio, *Anales: libros I-VI*, introducciones, traducción y notas de J. L. Moralejo, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos nº 19, 1979.
- Van der Toorn, Karel (1989), “Female Prostitution in Payment of Vows in Ancient Israel”, *Journal of Biblical Literature*, 108: 192-205.
- Westenholz, Joan Goodnick (1989), “Tamar, Qedetsa, Qadistu and Sacred Prostitution in Mesopotamia”, *Harvard Theological Review*, 82: 245-265.

ABREVIATURAS

| | |
|--------------|--------------------------------|
| <i>Ann.</i> | <i>Anales</i> |
| <i>Cael.</i> | <i>En defensa de M. Caelio</i> |
| Hdt. | Heródoto |
| Ov. | Ovidio |
| <i>Fast.</i> | <i>Fastos</i> |
| <i>Tib.</i> | <i>Tiberio</i> |

